



El que mucho se despide...

En el ocaso de su sexenio, **Andrés Manuel López Obrador** parece empeñado en reescribir el refrán popular: “El que mucho se despide, pocas ganas tiene de irse”. Con una agenda frenética que incluye giras interminables, inauguraciones a destajo y reformas de último minuto, el Presidente mexicano está dando una *masterclass* en cómo no soltar las riendas del poder.

AMLO ha anunciado una agenda de cierre que haría palidecer a cualquier rockstar en su gira de despedida. Supervisiones de obra, inauguraciones de hospitales y hasta un informe de gobierno extra son sólo algunos de los actos con los que pretende llenar cada minuto de su último mes en el cargo. Esta saturación de eventos no sólo parece un intento desesperado por dejar su huella, sino también una forma de acaparar la atención mediática hasta el último segundo.

Pero, más allá de las giras y los eventos, es la insistencia en aprobar una controvertida reforma judicial lo que realmente levanta alarmas. Esta iniciativa, presentada a toda prisa y sin espacio para el debate, ha despertado preocupaciones tanto a nivel nacional como internacional.

Los mercados financieros ya han reaccionado negativamente mostrando la inquietud del sector económico ante lo que perciben como un ataque a la independencia judicial.

Más grave aún, los embajadores de Estados Unidos y Canadá, socios estratégicos de México en el T-MEC, han expresado su preocupación por lo que consideran un peligro para la democracia mexicana.

La obstinación de **López Obrador** no sólo está afectando su legado, sino que también está complicando significativamente el arranque del gobierno de su sucesora, **Claudia Sheinbaum**. En lugar de facilitar una transición suave, **AMLO** parece determinado a dejar el escenario político en llamas, obligando a la próxima administración a lidiar con las consecuencias de sus acciones de último minuto.

Desde la transición democrática en México, no se había visto a un presidente tan reacio a soltar las riendas del poder. Este comportamiento no sólo rompe con la tradición política mexicana, sino que también sienta un precedente peligroso para futuras transiciones.

La incapacidad de **AMLO** para aceptar el fin de su mandato revela una profunda inseguridad sobre su legado y una falta de confianza en las instituciones que él mismo prometió fortalecer. Es una ironía amarga que quien llegó al poder prometiendo un cambio transformador termine su mandato aferrándose a las viejas prácticas del autoritarismo presidencial.

El refrán “el que mucho se despide, pocas ganas tiene de irse” nunca había sido tan pertinente en la política mexicana. La actitud de **López Obrador** en estos últimos meses de su gobierno no sólo daña su propio legado, sino que también pone en riesgo la estabilidad política y económica del país.

Es un recordatorio de que, en política, tan importante como saber llegar es saber irse. La grandeza de un líder no sólo se mide por sus logros durante el mandato, sino también por su capacidad de ceder el paso con dignidad y respeto por las instituciones democráticas.

Mientras el país observa este espectáculo de despedida interminable, queda la esperanza de que las instituciones mexicanas demuestren su resiliencia y que la próxima administración pueda navegar las aguas turbulentas que **AMLO** está dejando a su paso. Sólo el tiempo dirá si este final tumultuoso será recordado como el último acto de una Presidencia transformadora o como el berrinche final de un líder que no supo cuándo era hora de bajar el telón.

En política, tan importante como saber llegar es saber irse. La grandeza de un líder no sólo se mide por sus logros durante el mandato, sino también por su capacidad de ceder el paso.
